

El factor humano en las bibliotecas públicas

Juana ITURRALDE SOLA*

Más de 600 bibliotecarios de toda España asistieron al I Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas celebrado en Valencia el pasado mes de octubre. La novedad de la convocatoria, organizada por la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, en el marco del Plan de Fomento de la Lectura, seguramente tuvo mucho que ver en la alta participación, así como el señuelo de un lema tan sugerente como amplio y ambiguo.

La biblioteca pública, portal de la sociedad de la información es un eslogan oportunista, pero que tiene la virtud de enfrentarnos al reto y las posibilidades que representan para las bibliotecas públicas las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y nos obliga a reflexionar sobre el papel que deben asumir estas bibliotecas en un mundo tan complejo y contradictorio como el actual. En esta pretenciosa “sociedad de la información y del conocimiento”, donde, paradójicamente, campan a sus anchas el analfabetismo y el empobrecimiento cultural, la intoxicación informativa, la manipulación y la inseguridad informática; en un mundo en el que conviven o, mejor, “contraviven” realidades tan opuestas como la globalización y la multiculturalidad, la diversidad y la asimilación, la integración y la xenofobia, se impone una reflexión serena y profunda de los profesionales de la biblioteca pública para conjurar el riesgo cierto de confundir medios con fines, herramientas con servicios, y olvidar que el objetivo de nuestro trabajo y desvelos debe ser el ciudadano de toda condición, con sus necesidades individuales y específicas.

41

El editorial de *El País* del 31 de octubre, haciéndose eco del Congreso de Valencia, reflexionaba: “Perdidos en el bosque de la biblioteca infinita de Internet, valoramos la dimensión humana de las bibliotecas finitas y bien atendidas, si lo están. Las nuevas tecnologías darán agilidad al funcionamiento de las bibliotecas futuras, articuladas en grandes y eficientes redes. Los medios audiovisuales pueden acompañar a los libros en la oferta. Las nuevas bibliotecas se están convirtiendo en un lugar de encuentro, al que las gentes van a leer, pero también a participar en actividades culturales vinculadas a los libros”.

Estas *bibliotecas finitas* que van adaptándose a los nuevos tiempos, lo hacen, sin duda, gracias a los buenos profesionales. Desafortunadamente, aún persiste en nuestro país el complejo, casi histórico, de considerar a los bibliotecarios de las bibliotecas públicas como de segunda división. A quienes desempeñan su trabajo en una biblioteca universitaria o especializada y a los documentalistas, se les adjudica un prestigio social y profesional automático, suponiéndoseles toda la sapiencia y eficacia de la institución en la que trabajan, transvasadas a ellos por un fenómeno de ósmosis fulminante. La propia Administración cae frecuentemente

* Biblioteca Pública de Orvina

en esta simpleza, sin reparar en que si en alguna institución se precisa de profesionales especialmente bien formados es en la biblioteca pública, bibliotecarios que sean capaces de atisbar las dinámicas sociales para adaptar los servicios a las nuevas necesidades, dispuestos para responder a las demandas específicas de todos y cada uno de los usuarios, iniciados o anal-fabetos, preparados para elaborar estrategias de conquista de aquellos que nunca han cruzado el umbral de una biblioteca y de elaborar propuestas culturales atractivas también para los "llaneros solitarios" del espacio virtual; en fin, profesionales que además de organizar la información y el conocimiento y de orientar al usuario de la forma más eficaz, sean capaces de convertir la biblioteca en un espacio físico, con color y calor humanos, en el que se intercambien ideas y saberes, promotor de actividades sociales y culturales que den acogida también a quienes, por una u otra razón, se sienten excluidos del juego social.

Profesionales de este perfil no se improvisan de la noche a la mañana porque, evidentemente, no estamos hablando sólo de expertos en nuevas tecnologías, sino también y sobre todo de profesionales con amplia formación humanística, capaces de analizar y gestionar contenidos, de distinguir lo fundamental de lo accesorio, de orientar al lector y dirigirlo a la fuente más fiable y rica, que unas veces será la digital y otra la impresa en papel y con tinta; en fin, profesionales aquejados de curiosidad permanente y gusto por la lectura; profesionales con criterio, capaces de pensar y repensar continuamente la biblioteca. Este es nuestro mayor desafío, el de los bibliotecarios y el de la Universidad y la Administración.